

ensueño romántico é idealista de aquéllas generaciones, á que la novela y la poesía pastoril servían de vehículo y expansión.

Mientras tales obras se dividían con los libros de caballería, el favor del público, el tronco picaresco de *La Celestina* retoñaba briosa, aunque lentamente, en libros que iban á crear un género nuevo, cuyo apogeo pertenece al siglo xvii y que había de representar, más que ningún otro—aparte las obras singulares de Cervantes,—la apartación original y notable del espíritu español á la literatura novelesca del mundo. Su primera manifestación se produjo á mediados del siglo xvi con una obra anónima titulada *La vida de Lazarillo de Tormes*, verdaderamente genial por la precisión con que fija los caracteres de la nueva novela cuyo asunto es la pintura realista, franca y benévola—aunque luego se complicó con moralejas y razonamientos de esta clase—de la vida de los pícaros y hampones (§ 734). Hasta 1599, no obstante su éxito, *Lazarillo* no tuvo un continuador digno. En ese año apareció la *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, libro conocido vulgarmente por el *Picaro*, nombre que lo caracteriza perfectamente; siendo curioso que tuviera más nombradía por las reflexiones morales y los numerosos episodios en que se quiebra la acción, que por el mérito interno de sus cuadros picarescos realistas. Su autor, Mateo Alemán, es, además, uno de los escritores más originales y vigorosos de nuestra lengua. Gran número de ediciones del *Picaro* hicieron en pocos años y pronto fué traducido á otros idiomas. En 1604 se publicó la segunda parte. Tres años después, un tercer libro picaresco había aumentado la lista: *La Vida del pícaro, compuesta por gallardo estilo en tercia rima*, de autor desconocido; y por fin, en 1605, se publicó la historia de la *Picara Justina*, escrita por López de Ubeda, y muy inferior en mérito al *Lazarillo* y al *Guzmán*.

Tales eran, con la adición de algunos ensayos sueltos de novela didáctica (el *Marcio Aurelio*, de Antonio de Guevara: 1529), de cuentos (*El Patrañuelo*, de Timoneda, colección en gran parte imitada del italiano ó recogida de la tradición nacional: 1570) y de novela histórica (*Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita: 1595-1604, notable por la pintura de costumbres musulmanas), las manifestaciones que el arte de novelar había

dado en España, cuando apareció la primera parte del *Quijote* (1605).

762. Cervantes.—Con ocasión del teatro hemos citado ya á Cervantes, cuya actividad literaria se había ejercido, antes de 1605, en varios géneros literarios. Nacido en Alcalá de Henares en 1547; discípulo aventajado del humanista Hoyos (§ 745)

hacia 1568; chambelán del cardenal Acquaviva en Roma un año más tarde; soldado desde 1570 á 1575 (y en calidad de tal asistió á la batalla de Lepanto, donde un tiro le dejó manco de la izquierda); cautivo en Argel desde 1575 á 1580 y reintegrado á la patria para no volver á salir de ella desde ese último año ó poco después, Cervantes mostró ya en su primera juventud, cuando era discípulo de Hoyos (y quizá antes) su afición á la literatura. Sus primeros



Fig. 95.—Cervantes.

trabajos publicados en fecha segura, son versos elegiacos á la reina Isabel de Valois, editados por Hoyos en 1569. De lo que luego escribiera, hasta su esclavitud, nada se sabe. Durante su estancia en Argel, compuso poesías, entre ellas una hermosa epístola dedicada al secretario de Felipe II, Mateo Vázquez. Desde 1583 á 1602, al través de muchas vicisitudes en su vida que no es del caso relatar aquí, produce abundantemente, como poeta, como dramaturgo y como novelista pastorial. De este período son muchos versos publicados en colecciones de varios ó en la sección laudatoria de libros nuevos—cosa muy en boga entonces,—el drama *Numancia*, y la *Galatea*. De los versos basta decir que, si no son tan admirables como el mismo autor creía, no son tan merecedores de olvido como los críticos posteriores suponen y

Lope dijo, pues en ellos hay trozos de poesía verdadera y profunda y de expresión acertada y hermosa.

En 1603 quizá, escribió el *Quijote*. En 1604 habían visto ya el manuscrito algunos amigos del autor. En Enero de 1605,



Fig. 53.—Portada de la primera edición de la primera parte del *Quijote*.

libro estaba impreso y obtenía un éxito muy superior al que el mismo Cervantes seguramente esperaba. Siete ediciones en el mismo año (dos en Madrid, tres en Lisboa y dos en Valencia) y otras muchas desde 1607, con traducciones parciales (de

episodios), ó totales (desde 1612, en Inglaterra) en todos los idiomas, son la mejor prueba de que una gran obra de arte había hecho su aparición. Cervantes, que hasta entonces tanteaba todos los géneros, encontró de pronto el que mejor correspondía con su genio, y en él derramó todas sus cualidades de narrador y de artista, pulidas por una larga y triste experiencia del mundo—gran maestro de reflexión para los espíritus elevados—y por una cultura, comenzada en el estudio de gramática de Hoyos, quizá acrecentada con otros universitarios hacia 1581, y positivamente nutrida con copiosas lecturas de los contemporáneos, italianos y españoles, y de muchos clásicos. Fácil es en este respecto hallar la filiación de no pocas cualidades del *Quijote* en autores y corrientes literarias anteriores á él. Evidente es la de Luciano y la de sus imitadores españoles, en cuanto á «la crítica audaz, al desenfado picante, al humor jovial é independiente», á la sátira, en fin, de muchos pasajes del *Quijote* y de las obras posteriores; evidente la de Rojas y Lope de Rueda en cuanto al diálogo; la de Valdés, en punto al manejo del idioma; la de Boccaccio, en el estilo y en la variedad y libertad de la composición y de los recursos artísticos; la de los libros de caballerías, que por todas partes penetran la fábula del Ingenioso hidalgo; la de los cuentistas y poetas italianos de la época, que también se descubre en los versos anteriores del autor, como en la *Galatea* se ve la de Sannazaro, en el *Persiles* la de novelistas bizantinos y aun la de Homero (*Odisea*), con otras más de pormenor que es inútil citar aquí: aparte la influencia general de los tipos de novela producidos en España durante el siglo xvi. Pero lo interesante no es descubrir y anotar esto, sino ver cómo Cervantes modifica todos esos elementos de formación en su genio novelístico, cómo los funde en una creación original y cómo presenta, de improviso, una obra que difiere esencialmente de todo lo hecho hasta entonces y abre una nueva época en el arte de novelar. Así, el diálogo de Rojas y Lope de Rueda, que en los entremeses había ya reflejado Cervantes, y que volvió á seguir más de cerca en las novelas posteriores al *Quijote*, se trueca en éste en un manejo de la conversación y en un arte de la prosa que supera á sus modelos en «profunda espontaneidad, en avasalla-

dora é imprevista hermosura, en abundancia patriarcal y sonora, en fuerza cómica irresistible»; los libros de caballerías, cuyo descrédito debía perseguir el mismo Cervantes, pero de cuyos recuerdos está entretejido todo el *Quijote*, no fueron aniquilados por éste (lo estaban ya en el gusto del público), sino que lo más elevado, ideal y épico del espíritu que quisieron representar y no supieron, ahogándolo con sus extravagancias é inverosimilitudes, es recogido por Cervantes y sublimado en una honda penetración de lo eterno que significa en la psicología humana, y en un genial reflejo de sus quiméricas empresas sobre los conflictos reales de la vida. Por esto ha podido decirse que el *Quijote* es «el último de los libros de caballería, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, á la vez que, elevando los casos de la vida familiar á la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna». Lo mismo puede decirse de los demás precedentes ó elementos anteriores que cabe notar en el *Quijote*, incluso un olvidado libro de caballerías de comienzos del siglo xiv, *Historia del caballero de Dios que habla por nombre Cifar*, en que aparecen un caballero y su escudero, pareja precursora de Don Quijote y Sancho Panza y que, si fué conocida de Cervantes, dista todo un mundo de la que, en comienzos del siglo xvii, fué incorporada al campo de la literatura. Se comprende, con todo esto, la sorpresa que aquella inesperada novedad produciría en el público, salido apenas de la moda de los libros de caballerías decadentes, metido por completo en la de las novelas pastoriles y sólo traído á terreno más real y humano—pero de poca altura ideal ó de ninguna—con las tres novelas picarescas publicadas antes de 1605.

Desde esta fecha, el genio de Cervantes, consciente de sí propio, advertido de lo que podía por el éxito de la historia cómica que se propuso escribir, y excitado el entusiasmo por la propia obra, sigue ascendiendo en el cultivo de esta clase de literatura. La *Segunda parte del Quijote* (1615) es muy superior á la primera en comprensión, en profundidad, en el alto sentido de la fábula y hasta en el estilo. Entre ambas fechas, aparecieron las *Novelas ejemplares* (1612-13), alguna de las cuales (*Rinconete* y *Cortadillo*) quizá se escribió poco después del

Quijote, en 1604. Aunque varias de estas novelas parecen troncar, por sus personajes y el género de hazañas que relatan, con las picarescas, en realidad difieren de éstas por el sentido y la intención de la fábula, aunque no por el realismo. En ellas no es Cervantes, ni satírico, ni moralista, ni idealizador de la vida que retrata, sino simplemente artista y poeta. Otras de las novelas son, incluso por el asunto, totalmente distintas de las picarescas; y así pudo afirmar el autor mismo que él era el primero que había novelado en lengua castellana, es decir, que había escrito cuentos ó novelas cortas, pues el único anterior á él en el género (dentro del siglo xvi), Timoneda (*El Patrañuelo*: 1576), se había limitado á arreglar ó traducir cuentos italianos.

Después de las *Novelas ejemplares*, publicó Cervantes el *Viaje al Parnaso* (1614), poema de crítica literaria generalmente laudatoria, de los poetas contemporáneos, y en el mismo año de la segunda parte del *Quijote*, un tomo de *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*; más interesantes éstos últimos (de un realismo admirable) que aquéllas. Por fin, en 1617, salió, ya póstuma, la novela de aventuras *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que si fatigosa de leer por lo inverosímil y cansado de las peripecias de todo género que ocurren á los protagonistas, contiene alguna de las páginas de estilo más castigado y hermoso que Cervantes escribió. Aunque después de Cervantes hubo muchos cultivadores del género novelesco, algunos notables, la novela no progresó, ni era realmente posible que progresase—es decir, que mejorase—después del *Quijote* y las *Ejemplares*.

El primer sucesor de Cervantes—y el más ligado literariamente con él—fué un pseudónimo Alonso Fernández de Avellaneda, quien imprimió en 1614 una segunda parte del *Quijote*, movido, seguramente, por el éxito de la primera. Quien fuese el autor, cosa es que no se sabe y que, probablemente, no se sabrá nunca. Su libro, que no carece de méritos—aunque el de Cervantes lo haya obscurecido,—se diferencia esencialmente de éste en la falta de ideal, que lo hace grosero y cínico.

Al año siguiente de publicarse *Los trabajos de Persiles*, la novela picaresca se enriquecía con uno de sus mejores modelos, las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*

escritas por Vicente Martínez Espinel. A ésta siguieron, entre otras, las novelas de Jerónimo de Alcalá (*Alonso, mozo de muchos amos*: 1624-26); Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, ó *El gran tacaño*; 1626 (una de las mejores del género); Castillo Solórzano (*La Garduña de Sevilla*: 1634); Vélez de Guevara (*El diablo cojuelo*: 1641); Enríquez Gómez (*El Siglo pitagórico y Vida de Don Gregorio Guadaña*: 1644); el anónimo autor de la *Vida y hechos de Estebanillo González* (1646), y María de Zayas (*Novelas ejemplares y amorosas*: 1637-1647?). Realmente, estas novelas, más que picarescas—aunque algunas muy libres y desenfadadas—son simplemente de costumbres, que se refieren á otro mundo que el de la hampa, y se enlazan con una nueva corriente que, en parte, tiene su origen en Cervantes y á la que pertenecen novelistas propiamente dichos y autores de cuadros de costumbres, como Zabaleta (*El día de fiesta por la mañana y tarde*: 1659); Salas Barbadillo; Liñán *Gula y aviso de forasteros*: 1635), y otros. Tirso escribió un libro de cuentos, *Cigarrales de Toledo* (1618), imitación de Boccaccio y quizá, también, directa de Cervantes. Algunos autores se ensayaron en biografías más ó menos auténticas que, en rigor, deben incluirse en este grupo, como la de Alonso de Contreras (1625?), la de Duque de Estrada, la *Vida del soldado español Miguel de Castro* (imitación del *Guzmán de Alfarache* y verdadera novela picaresca); el *Viaje de Turquia*, de Villalón, que puede calificarse como el libro anterior, y otras. La *Vida de Estebanillo González* suele incluirse también entre las biografías.

763. Los líricos castellanos y los épicos.—El teatro y la novela españoles de los siglos XVI y XVII tienen importancia universal. La lírica—salvo en la corriente mística (§ 747)—sólo la tiene nacional, con haberla cultivado muchos grandes escritores, porque fué más dependiente de los modelos extraños y, si levantó le lengua castellana á sublimes alturas de sentimiento y expresión, no dió al mundo modelos como los géneros ya citados. Pero su historia es interesante, no sólo en el respecto nacional, sino, también, porque en la lírica vinieron á reflejarse, mejor que las otras formas literarias, las influencias de la época y los vicios que contribuyeron á destruir la literatura castellana. El principal hecho de esta historia y con el que se

inaugura en la época de Carlos I, es la victoria completa del italianismo moderno, que logra barrer todos los vestigios de las maneras medioevales castellanas—aun vivaces en tiempo de los Reyes Católicos (§ 599)—y se impone hasta en la forma de los versos. Los dos representantes de esta victoria—que no se afianzó sin lucha—fueron el catalán Juan Boscá (Boscán) y Garcilaso de la Vega. Boscán (1490?-1542) escribió sus primeros versos al modo antiguo español; pero luego, por influencia directa del embajador veneciano Navagiero (§ 699), adoptó el endecasílabo italiano (que identifica con el de Ausias March) y lo usó en sus poemas, publicados en 1543, que en gran parte son adaptación y traducción de autores griegos (Musaeus) é italianos (Bembo, Petrarca, Ariosto, etc.), hechas con gran maestría. En la innovación que representaban los versos de Boscán, vióse éste animado y fortalecido por Garcilaso (1503-1536), poeta refinado y elegante, profundamente imbuido del espíritu del Renacimiento y el más italianizado de todos los españoles, aunque también imitó á Ausias March. En el asunto y en la forma, sus obras, no muy numerosas, son sin embargo, ante todo, reflejos (aunque admirables de perfección) de Sannazaro, Tasso, Petrarca y otros autores de Italia. Sus creaciones principales en la lírica castellana son: la égloga (imitación de Virgilio), el soneto (que naturalizó en España), la oda y la *lira*, ó sea, la combinación de versos de siete y once sílabas. Cervantes y Lope de Vega lo consideraron el mejor de los poetas de Castilla. Su ejemplo produjo desde luego una larga serie de imitadores, sonetistas muchos de ellos, entre los que descuellan el portugués Sá de Miranda, Gutierre de Cetina (uno de nuestros mejores bucólicos), Acuña, Hurtado de Mendoza (cuya adhesión á la nueva escuela y al soneto fué de grandísimo peso para el triunfo de los italianizantes) y otros.

Pero los rimadores á la antigua española no se rindieron sin lucha; antes bien, la emprendieron con gran ardor. Representantes de ella son Cristóbal de Castillejo, poeta de grandes méritos (especialmente famoso por su *Diálogo que habla de la condición de las mujeres*), Villegas, Castilla, Rodríguez de Mesa (portugués que cultivó los metros de ambas escuelas) y otros menos importantes: siendo de notar que los metros castellanos

clásicos los usaron á veces escritores que, en lo substancial, estaban rendidos á la nueva escuela de verso. De igual manera continuó por algún tiempo la forma tradicional de las colecciones en Cancioneros, v. gr., el de López de Maldonado (1586), las *Flores de poetas ilustres de España*, de Espinosa (1605), y otros. Esta clase de recopilaciones se usó preferentemente con los romances, unas veces imitados ó refundidos de los antiguos (§ 551 y 599), otras—y es lo más general—creados, aunque con temas medioevales (caballerescos, moriscos, etc.), por los más grandes poetas de la época (Lope, Góngora, Quevedo, etcétera), que pulen y retocan artísticamente la forma antigua. Ejemplo de estos romanceros son: el *Cancionero de romances*, de Martín Nuncio (1550), la *Silva de romances*, de Nájera (1550), el *Libro de los cuarenta cantos*, de Fuentes (1550), los *Romances nuevamente sacados de historias antiguas...*, de Sepúlveda (1551), la *Rosa española*, de Timoneda (1573), el *Cancionero de romances sacados de las crónicas* (1570), el *Romancero general* (1600-1605) y el *Romancero ó Historia del muy valeroso caballero el Cid*, de Escobar (1612). También cultivaron este género nacional los poetas de segunda fila y los populares, que solían imprimir sus composiciones en pliegos sueltos, vendidos por las ferias y constitutivos de la llamada «literatura de cordel», ya conocida en el siglo xv y, con toda seguridad, la primitiva forma en que fueron impresos los romances. En esas hojas sueltas se reprodujeron algunos de los llamados antiguos. Los poetas religiosos siguieron también esta corriente de los romances, de que es tipo el *Romancero espiritual*, del P. Valdivieso (1612).

El italianismo triunfante se dividió pronto en dos escuelas ó grupos: el sevillano y el salamanquino, cuyos caracteres diferenciales no son, sin embargo, fácilmente determinables. Al grupo sevillano pertenecen muchos buenos poetas, como Alcazar, Girón, Malara, Jáuregui, Arguijo, Villegas, Rioja, Caro (el verdadero autor de la canción *A las ruinas de Itálica*); Fernández de Andrada (probable autor de la *Epístola moral á Fabio*); y otros. El más grande de todos ellos fué Fernando de Herrera (1534-1597), jefe de los petrarquistas españoles, continuador de Garcilaso (á quien á veces supera en los sonetos y á cuyas obras publicó unas excelentes *Anotaciones*: 1588), y notable so-

bre todo por la oda á Don Juan de Austria, la elegía por la muerte de Don Sebastián de Portugal y la canción *Por la victoria de Lepanto*, obras directamente inspiradas en los modelos latinos y en la poesía bíblica, grandilocuentes con exceso, pero brillantes y enérgicas, en las cuales se expresa bien el sentimiento patriótico y religioso tal como los sentían los españoles cultos del siglo xvi.

En la escuela ó grupo que se suele llamar salmantino, figuran: Fr. Luis de León (á quien ya hemos citado entre los líricos místicos), imitador y traductor feliz de Horacio y otros clásicos, con notas originales en la *Profecía del Tajo* (patriótica) y otras composiciones, y cuyo carácter fundamental es la sencillez serena y majestuosa; Francisco de la Torre, imitador de los italianos, dulce y sentimental; Figueroa muy parecido á Torre, pero más perfecto, y bucólico como aquél y como el mismo Fr. Luis de León en muchas de sus obras. Igualmente imitadores de Horacio son los dos Argensolas (Bartolomé y Lupercio), cuya elegancia, pureza de dición y respeto á los preceptos clásicos, los confinó en un reducido círculo de admiradores.

Personalidad vigorosa, de singular importancia en la lírica española, fué Luis de Argote y Góngora (1561-1627), más generalmente conocido por su apellido segundo. El comienzo de su popularidad corresponde al año 1605, en que se publicaron unos versos suyos en la colección de Espinosa, antes citada.



Fig. 54.—Fr. Luis de León.



Fig. 55.—Luis de Argote y Góngora.

En 1627 fueron impresas en un volumen todas sus poesías. Discípulo de Herrera, exageró las cualidades grandilocuentes de su maestro, añadiéndolas un gusto marcado por los rebuscamientos de ingenio y de dicción y las metáforas extravagantes. Llevado del afán del refinamiento—que declara al decir que «deseaba hacer algo que no fuese para el vulgo» y al afectar desprecio por la popularidad—adoptó el sistema de retorcer y complicar la expresión de las ideas, con un hipérbaton violento y con simbolismos artificiosos. Esto es lo que se ha llamado *gongorismo* ó *culteranismo*, de cuya invención se preciaba Góngora (aunque reconociendo como predecesor y sugeridor al poeta italianizado Luis de Carrillo), pero que en rigor no fué más que una adaptación, en la lírica española—donde era una novedad á comienzos del siglo xvii—de una manera defendida y practicada antes en Italia, con gran éxito, por Juan Bautista Marino y que se esparció por toda Europa. Góngora exageró algunos de los defectos de Marino; pero no obstante la afectación y la obscuridad que de aquí resultó, Góngora tiene grandes cualidades de poeta y trozos admirables en sus composiciones. El culteranismo cundió entre los literatos, conquistando numerosos discípulos, no sólo en la lírica (Tassis, conde de Villamediana, Paravicino, Roca, Salazar, Pellicer, Angulo, Salcedo, Polo, etc.), sino en el teatro (Calderón, Tirso, en ocasiones, etc.) y en la novela. No dejó de haber protestas, que originaron una interesante lucha retórica, en que se señalaron como contradictores de la nueva manera Pedro de Valencia, Jáuregui, Lope de Vega, Faria y Sousa, Cascales y otros; pero aun algunos de éstos (Jáuregui, Lope) llegaron á contaminarse con el *culteranismo*.

A esta escuela siguió otra, la del *conceptismo*, fundada por Alonso de Ledesma (1552-1623), que llevó los rebuscamientos, sutilezas, símbolos y oscuridades del estilo á las ideas mismas. Se propagó menos que el culteranismo, porque requería cierta ilustración filosófica y científica; pero entre sus adeptos figuró un poeta tan notable en otros respectos como Quevedo (1580-1645), satírico de primer orden, en verso y en prosa (§ 762 y 784).

Culteranismo y conceptismo—á veces mezclados en un

mismo autor—contribuyeron poderosamente á la decadencia de la lírica, acentuada ya en la segunda mitad del siglo xvii.

La epopeya tuvo algunos cultivadores, pero de segundo orden. La forma épica nacional era el romance, de que antes hablamos, y toda otra tuvo aquí poco arraigo. Aparte algunas imitaciones italianas (la *Angélica*, de Barahona de Soto, 1586, á la manera de Ariosto) y de varios poemas burlescos (*La Mosquea*, de Villaviciosa; *La Gatomaquia*, de Lope de Vega), los temas principales fueron dados por la historia contemporánea, como se ve en *La Araucana*, de Ercilla (la guerra de Arauco: § 625); *La Austriada*; de Rufo (Don Juan de Austria); las *Elegías de Varones ilustres de Indias*, de Castellanos; etc. La epopeya religiosa está representada por *La Cristiada*, de Ojeda, poema de grandes méritos, no obstante sus defectos, y por *El Monserrate*, de Virués; así como la epopeya medioeval, por *El Bernardo* (Bernardo el Carpio), de Valbuena, y la muy endeble *Conquista de Andalucía* (Fernando III), de Juan de la Cueva.

764. Prosistas y oradores castellanos.—Aparte la novela y la literatura científica (Historia, Derecho, Filosofía, Geografía, Preceptiva, etc.), los españoles cultivaron todos los géneros fundamentales en prosa, y á ellos llevaron esa perfección y hermosura del decir que ya hemos notado, v. gr., en los místicos y en los novelistas. Casi todos los autores que llevamos citados en el párrafo anterior (es decir, los poetas,) fueron también escritores en prosa, y, algunos, más notables en ella que en el verso, como, v. gr., Boscán en la traducción de un libro italiano muy célebre en su época, *El Cortesano*, de Castiglione. Prosistas fueron también (y sólo citamos aquí los que á este título no se han nombrado ya en párrafos anteriores) Herrera, Palacios Rubios, autor de un curioso *Tratado del esfuerzo bélico histórico* (1524); Cervantes de Salazar, continuador del *Diálogo de la dignidad del hombre*, de Pérez de Oliva (1543); Antonio de Guevara que, á más de sus libros de política (§ 748), publicó unas *Epístolas familiares* (1539); Fr. Luis de León (traducción del *Cantar de los cantares: Exposición del libro de Job*; *La perfecta casada*); Antonio Pérez (§ 646), de cuyos escritos ya se habló; Saavedra Fajardo, si es de él la obra titulada *República literaria* (1651) que se le atribuye y que, en una época de culteranismo,

ostenta una prosa limpia de este amaneramiento; el P. Nieremberg, que escribió un *Tratado de la hermosura de Dios* (1641); Luis Meja, autor de un *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*; Jerónimo de Urrea, cuyo *Diálogo de la verdadera honra militar* es un alegato contra el duelo; Salazar de Alarcón, cuyas *Cartas*



Fig. 56.—Don Francisco de Quevedo Villegas.

celebre *Crotalón*, atribuido á Cristóbal de Villalón; el *Diálogo entre Caronte y el alma de Luis Farnesio*, atribuido á Hurtado de Mendoza, y otros varios libros.

Esta lista, que parecerá corta (y lo sería aun añadiéndole otros nombres que por brevedad se omiten), hay que considerarla como una pura adición á la extensa que forman los filósofos, místicos, juristas, moralistas, historiadores, novelistas, etcétera, que van mencionados en párrafos anteriores y cuyo recuerdo hay que traer ahora á la memoria para reconstruir el cuadro total.

A ellos debe agruparse, los oradores, que en aquella época casi no podían ser más que sagrados, pues ni la oratoria política—aunque no por falta de ocasiones en qué ejercerse—ni la didáctica—por los procedimientos usados en las cátedras superiores—pudieron cultivarse. Entre los oradores más famosos cabría citar á muchos de los teólogos y místicos ya nombrados,

PROSISTAS Y ORADORES CASTELLANOS 625

si bien algunos de ellos—v. gr., los teólogos del Concilio de Trento—usaban el idioma latino. El más ilustre de los castellanos fué, quizá, Fray Luis de Granada.

Debemos también hacernos cargo aquí de un grupo de escritores polemistas que ocuparon un término medio entre los políticos, los sociólogos y los historiadores, y que tuvieron gran importancia en aquellos tiempos, no sólo por lo que publicaron, sino, también, por la causa que les impulsó á escribir. Aludimos á los panegiristas de España y las cosas españolas. Ya hemos citado antes los libros en que se defendía la aptitud del castellano para sustituir al latín en la literatura científica (§ 757), libros en que se contienen ideas generales patrióticas. Con este mismo sentido, el humanista Alonso García Matamoros publicó en 1553 una apología de la ciencia española, titulada *De doctis Hispanicis viris, ó Apología pro adserenda hispanorum eruditione*. Pero las obras más curiosas á este propósito fueron las escritas para constatarrestar la constante campaña de descrédito y difamación que algunos autores extranjeros, por motivos políticos en su mayor parte, hacían, y que en el siglo XVII llegó á su mayor desarrollo. Contra esta literatura hispanófila—que unas veces tomaba por base el célebre libro del P. Las Casas (§ 677), otras veces hechos de la conducta de los españoles en Europa ó de la historia medioeval, y cuyo principal centro fué Francia—se hizo otra hispanófila, redactada unas veces en latín, otras en castellano, y en la que figuran, entre muchos más libros, el de Solorzano sobre *Política indiana*, ya citado; el *Mate francés*, de Arnacano; el *Arbitrio entre el Mate francés y las Vinicias galicas*, de Hernando de Ayora (1646); la *Francia engañada, Francia esponada*, de Céspedes y Meneses; los *Manifestos del Rey de Francia*, de Don Martín Goblet; los escritos de Hoyo, Lopeo, Chiflecio, el pseudónimo Carlos García, Quevedo y otros más, de interés para el estudio de la opinión extranjera respecto de España y de la reacción que produjo aquí entre los patriotas. En otro orden de polémicas, fué libro muy sonado el escrito por el Arzobispo Mendoza con el título de *El Lucero de la nobleza*, con el propósito de aquilatar la limpieza de sangre de los nobles (§ 714), que salta muy mal parada de las averiguaciones del prelado. El libro circuló manuscrito en profusión de

copias, no obstante la prohibición que de él se hizo para evitar el escándalo.

Finalmente, de esta época procede la literatura de información ó de noticias que, ya en forma de *Relaciones*, ya en la de *Diarios*, *Cartas*, ó *Avisos*, representa los orígenes del periodismo español, cuyo fundador se cree ser Andrés de Almansa (siglo xvii). En este mismo tiempo se comenzó á publicar la *Gaceta* de Madrid.

765. La literatura en los países de la corona de Aragón.

—Ya hemos dicho que una de las características literarias de la época es la penetración definitiva del castellano en las regiones españolas, donde se hablaba otro idioma, penetración tan vigorosamente iniciada ya en el siglo xv. Como era natural, las lenguas propias de esas regiones no se dejaron vencer sin oponer á la corriente una resistencia más ó menos grande, según los casos. De aquí, que durante casi toda la época siguieran escribiendo, en Cataluña, Valencia y Mallorca—pues ya sabemos que el romance aragonés, de tipo castellano, se sumió literariamente en éste,—obras de todas clases en catalán, valenciano y mallorquín.

El teatro catalán religioso (§ 545) siguió produciendo algunas obras en el siglo xvi; pero la prohibición, en 1591, de los misterios y entremeses de este género, detuvo su desarrollo, y bien en el xvii se representaron á menudo dramas sacros. En el teatro profano, no obstante haber comenzado á representar en el fundado en Barcelona en 1579, compañías castellanas, el ejemplo de la dramática que éstas traían alentó á algunos catalanes, que en el mismo siglo iniciaron el drama en su idioma nacional. Tales fueron Satorres y Fr. Antonio Pi, autores de obras teatrales históricas. Siguieron este ejemplo, en el xvii, otros escritores, como Pere Antoni Bernat, el Rector de Vallfogona, Fontanella y algunos anónimos; pero la influencia cada vez más preponderante de los modelos castellanos—cuyas altas dotes forzosamente habían de subyugar las inteligencias—no dejó progresar el género, en que también se dejaron sentir el gusto francés de aquel tiempo y el italiano.

En Valencia, sólo tuvo el teatro regional la manifestación cómica, más bien bufa, representada por las comedias de

P. Mulet. Pero, en cambio, el cultivo de la dramaturgia castellana produjo lo que en Cataluña no llegó á producirse: un grupo de autores de gran mérito, entre los que descuella Guillén de Castro (1569-1631) por su drama *Las mocedades del Cid*, que compite con las mejores leyendas históricas de Lope y sirvió á Corneille de base para su famoso *Cid*. Contemporáneos de Guillén fueron Tárrega, Aguilar, Boyl y Canesma, Rejaule y otros, compañeros de la citada *Academia de los Nocturnos*, cuyas producciones, interesantes como expresión de la escuela valenciana no llegan, sin embargo, á la altura de las de aquél. Muchos de ellos fueron también buenos poetas líricos en castellano, de los que hubo muchos en Valencia, en la primera mitad del siglo xvii.

La lírica fué, no obstante, el género literario en que se mantuvo más alto el cultivo de los idiomas regionales, continuando, durante el siglo xvi principalmente, la tradición de la escuela valenciana y de la catalana del xv (§ 600). La celebración de certámenes—entre los que fué famoso el de Barcelona de 1580—sostuvo la afición á la poesía, y en ellos se vió cómo continuaban las formas antiguas de las codoladas, strams, endressas, etc. Muchos de los poetas, ya mallorquines, ya catalanes y valencianos, eran imitadores de Jordi, Roig, Fenollar, Corella, Ausias March y otros de la época anterior. Este carácter presentan Crespi de Valldaura, Montmajor, Almudévar, Siurana, Valentí, March de Cervera, Fuster, Pujades, etc. Otros siguen la tradición de la poesía religiosa, como Olesa, en su *Obra de menyspreu del mon*; Juan Hispano, en su *Contemplació del cor de Jesucrist*; Ortigues, autor de un *Plant de la Verge Maria*, y Ferrer de Guisona, que escribió una poesía á la *beata Teresa de Jesús*. De los más notables poetas de entonces fué Pere Serafi, en quien se nota ya muy acentuada la influencia de la lírica de Castilla y cuyo *Cant d' amor* es excelente. El castellanismo acabó por vencer casi en absoluto á fines del siglo xvi, implantándose en las literaturas regionales sobre las ruinas de la primitiva dirección italiana y de la humanista ó renaciente, que luchaban en el siglo xv con la provenzal. El representante más señalado de la nueva tendencia en Cataluña fué el Rector de Vallfogona, cuyas poesías serias y jocosas muestran cierto titubeo en el

autor entre la influencia castellana y la vulgar ó popular, pero están fuertemente impregnadas de aquélla. Lo mismo ocurre, con mayor castellanización en el lenguaje, con las poesías de su contemporáneo Fontanella (más elevado y elegante que el Rector) que fué el ídolo de los escritores de su tiempo. Entre éstos, cabe citar á Carsí, Ferré, Nogués, Mirambell, Massanés, Geroni Ferrer, Blanch, Romaguera y otros, en quienes predomina la lírica pastoral ó arcadismo, así como el gongorismo y conceptismo que se extendieron mucho por Cataluña. Un último representante de la imitación de Ausias March fué Pau Feuria. Poetas religiosos hubo algunos en el siglo xvii, así como muchos políticos, despertados por la sublevación de 1640.

En Valencia, la lírica propia fué arrinconada en el dialecto vulgar por el castellano. Representante característico de ese resto de poesía valenciana, aplebeyada y trivial, fué Mulet, ya citado antes. La religiosa se mantuvo algo, por la frecuencia de los certámenes. En cuanto á Mallorca, aislada de las demás regiones literariamente, aunque conservó su dialecto propio y no cultivó el castellano, no pudo evitar la influencia de los autores de Castilla, que se nota en Bover y otros poetas del xvii. Miguel Ferrando Carcer, del mismo siglo, se distinguió como panegirista del mallorquín, en su *Vigilant Despertador*.

Los géneros en prosa puramente literarios, no alcanzaron gran desarrollo. A fines del siglo xv ya se traducían en Cataluña muchas novelas castellanas. En el xvi desaparece este género, que sólo apunta en el xvii con algunas obras, como la traducción de *Pierres y Magalona*, hecha por Comolada, y el *Viatge al infern*, de Pere Porter. En cambio, el catalanismo se conservó en la prosa religiosa durante el siglo xvi, ya con reimpressiones de místicos, ascéticos y moralistas del siglo xv, ya con la producción de libros de liturgia y devoción, ya con traducciones de Santos Padres y con la redacción de vidas de santos. No faltaron algunos ascéticos y litúrgicos originales, en Valencia y en Cataluña, como Bartolomé Cucala, cuyo *Baculus clericalis* se reimprimió varias veces, en catalán y castellano; Fray Jaime Montaynés, autor de un *Spill de ben viure* (1599), popularísimo; Coma, cuyas varias obras fueron muy apreciadas en toda la Península y se editaron muchas veces.

Jerónimo Jutglar, autor del mejor libro sacramental en idioma del Principado (1568). En el siglo xvii, la influencia castellana invade también este género y se impone en forma de imitaciones y traducciones y de alteración de formas gramaticales y de palabras. Las obras en catalán son, en aquel tiempo, de escaso valor literario.

La oratoria, como en Castilla, fué principalmente religiosa. Ya en el siglo xvi se nota impregnada del castellano (v. gr. en Fray Salvador Pons, † en 1620) y decae, si bien conservando el carácter popular—tan acentuado en la tradición de San Vicente Ferrer (§ 490 y 541).—En el xvii, el predominio de la predicación en el idioma de Castilla hace surgir protestas, que producen una curiosa y larga discusión entre los partidarios del idioma catalán y los del castellano: á cuyo calor aparecen algunos que vuelven á usar el primero y obras como la *Instrucció de predicadors*, del P. Félix de Barcelona. Pero esto no evitó la decadencia del género, aunque con excepciones como la del agustino Fr. Miguel Llitrá, á quien se consideró como el orador más notable del Principado. Donde se conservó bien el catalán fué en los rituales, que en el siglo xvii, sobre todo, ofrecen un gran modelo de pureza y casticismo.

Finalmente, en la Historia también se produjo la lucha que en los géneros antes citados. Ya en el § 750 hemos tenido ocasión de nombrar á varios historiadores catalanes y valencianos (v. gr., Margarit y Beuter). Este último comenzó empleando el valenciano, con gran pureza, en la *Primera part de la historia de Valencia* (1538). Lo mismo hicieron Viladamor, en su *Historia general de Cataluña* (1585), muy influida por los autores castellanos (el autor quiso aventajar á Zurita); Manescal, en su *Sermó del rey Don Jaume II* (1597); Binimelis, en la *Historia del regne de Mallorca*; el gran Pujades, en su *Cronica universal de Catalunya* (1609); Bosch, en la obra *Titols de honor de Catalunya y Roselló* (1628); Montaner, en la *Historia del regne de Mallorca*; Bruniquer, en la *Relació sumaria de la fundació de Barcelona*, y otros, así como muchos historiadores locales y autores de heráldica, de nobiliarios, etc.: Despuig, cuyos *Colloquis de Tortosa* (1557) tienen marcado sentido catalanista; Comes, Fontclara, Compe, García, Gomis, Boades, Tomich, Tarafa, Icart, Mestres,

Bernabé Assam (*Tractat de la antigua noblesa de Catalunya*), Canyelles, Vila y otros muchos. Pero en bastantes de éstos ya se ve cuánto camino había hecho el idioma castellano. Beuter y Pujadas continuaron en este idioma sus obras comenzadas en catalán; Fontclara y Binimelis traducen las suyas al castellano; Icart y otros usan el mismo idioma, y, en fin, en el siglo xvii, éste es el que impera. La sublevación de 1640 produjo una reacción á favor del idioma patrio, que se usó como medio de inflamar el entusiasmo del pueblo, y en él se redactaron muchos tratados polémicos é históricos de aquellos años. El principal historiador de aquel movimiento, Miguel Parets, muestra perfectamente en su *Historia* la lucha entre la influencia popular (catalana) y la castellana. Pero ésta venció al cabo. No faltaron tampoco algunos historiadores que en el siglo xvii usaron la lengua latina.

Terminaremos este párrafo con las noticias referentes á un género de literatura que, en cierto modo, tiene aquí su puesto, ya que principalmente se produjo en los países de la corona aragonesa, donde por más tiempo continuaron los mudéjares, y singularmente (á lo menos, si se juzga por los ejemplares hoy conocidos) en el propio Aragón. Nos referimos á la literatura aljamiada, cuyas manifestaciones anteriores ya se han registrado (§ 534). Aunque no siempre es fácil poner fecha á los manuscritos de esta clase que han llegado hasta nosotros, puede asegurarse que hay bastantes del siglo xvi, y aun del xvii; unos didácticos (materias religiosas y jurídicas), otros de amena literatura (narraciones novelescas, viajes). Citaremos, como ejemplos, los titulados *Alabanza de Mahoma* (muy probablemente del siglo xvi); *Amores de Paris y Viana*, traducción de una novela provenzal del xv; el poema cíclico de Muhamad Rabadán, fechado en 1603; el *Recontamiento de Alixandre* (en el manuscrito que hoy poseemos); la *Doncella de Arcayona*, narración basada en el poema de Apollonio (§ 351); el *Recontamiento de Almiedel y Almayesa*, de tono caballeresco; un tratado de moral y ascética, fechado en 1597, y las curiosas *Coplas del alhichante de Pur Monçón*, relato de un viaje á la Meca hecho por un morisco aragonés en el siglo xvi. Todas estas obras muestran que los mudéjares y moriscos conservaban, aunque decaída y poco or-

ginal, una literatura propia y procuraban sostener la escritura árabe. Sin embargo, la presencia en algunos de aquéllos, de traducciones interlineares, es indicio de que se iba perdiendo el conocimiento del idioma árabe; y así lo confirma el hecho de que un alfaquí morisco, en el prólogo de un Compendio de los dogmas y preceptos del Islam (comienzos del siglo xvii), reconviengan á los suyos porque ya no entienden el árabe y hablan cristiano.

766. La difusión de la cultura española en el extranjero.

—Al mencionar á muchos de los escritores españoles en las diferentes ciencias y géneros literarios, hemos hecho notar— como prueba de la importancia concedida á sus obras por los contemporáneos—la circunstancia de haber sido éstas traducidas ó reeditadas, una ó más veces, en el extranjero; ó bien la de haber servido de base (reconocida ó no, explícitamente) para desenvolvimientos ó imitaciones en varias naciones de Europa. Agrupados todos esos datos, nos podrían dar una impresión general de la influencia ejercida por el pensamiento español en la cultura universal; pero esa impresión sería deficiente, por lo que vamos á completarla con nuevas noticias y á fijarla mediante conclusiones relativas á cada clase ó grupo de conocimientos ó de producciones de arte.

Tomando en conjunto el hecho de esa influencia, se nos manifiesta expresada en tres formas principales; traducciones y lecturas de libros españoles; imitaciones ó incorporación de doctrinas españolas en la literatura ó en la ciencia de otros pueblos; intervención de españoles en las Universidades y otros centros docentes ó de carácter intelectual, de Europa. Empezaremos por esta última, en atención á la importancia que reviste y á ser la que tenía precedentes en tiempos anteriores (§ 526 y otros).

Durante todo el siglo xvi y parte del xvii, siguió habiendo en las Universidades y colegios de Francia profesores españoles en gran número, entre los cuales figuran no pocos de los señalados como autores notables en los párrafos anteriores. Así, en París, regentaron cátedras por más ó menos tiempo, y algunos con éxito grande: Gaspar Lax, Miguel Francés, Pedro Ciruelo, Diex, Martón, Martínez Silíceo, Pérez de Oliva,

Arias, Escolar, Pardo, los hermanos Coronel, Servet, Encina ó Encinas, Gélida, el P. Mariana y otros; en Burdeos, Gouvea (que también estuvo en París), Tárrega, Granollés, Gélida, Sánchez de Villegas y alguno más; en Tolosa, Gouvea, Lucena y Sánchez (el excéptico), y en Montpellier, Exea (jurisconsulto), García, Falcón (decano de Medicina) y Sánchez. En diferentes Universidades de Flandes, Alemania y Bohemia, fueron catedráticos: Vives, Pérez (el jurisconsulto), Verzosa, Ponce de León (filólogo, señalado principalmente como helenista), Soto, Olave, Gregorio de Valencia (famoso como teólogo controversista), Arriaga, etc. En Polonia, el jurisconsulto Ruiz de Moros, de gran nombradía, Salmerón y el jesuíta Vega. En Italia abundaron más que en parte alguna los profesores españoles. Se les encuentra en las Universidades de Bolonia, Padua, Roma, Siena, Pisa, Ancona y Nápoles, á menudo como rectores (en Bolonia singularmente). Citaremos tan sólo los nombres conocidos de Mariana, Esteve (obispo de Orihuela), Pereiro, Rivadeneyra y Laínez. En Oxford, abrió el camino Vives, y siguiéronle—llevados por Felipe II—Pedro de Soto y Juan de Villa García. Más tarde, los heterodoxos españoles que se refugiaron en Inglaterra, también ocuparon cátedras, como Rodrigo Guerrero, en Oxford (1559), y Antonio del Corro en la misma Universidad.

Añádase á esto la influencia que en toda Europa tuvo la pedagogía especial de los jesuitas (§ 713), difundida por ellos en sus colegios y centros docentes y que trajo consigo modificaciones importantes en los métodos de enseñanza y educación; la intervención (decisiva muchas veces) que los teólogos españoles tuvieron en el Concilio tridentino; el predicamento que durante muchos años gozaron los médicos españoles (incluso en Inglaterra, hasta el reinado de Isabel), predicamento que los llevó á ser preferidos en el servicio de los Papas y de muchos reyes, y el papel desempeñado en la cultura italiana por algunos judíos españoles expulsados ó huídos de la Península, como León Hebreo, Jacobo Mantino y Juan de Valladolid, y se tendrán los datos generales referentes á la intervención personal de nuestros hombres de ciencia en varios órdenes de la cultura del mundo.

Que, en muchos de estos casos, el hecho de la intervención iba unido al reconocimiento de los méritos especiales de los españoles, y éstos eran apreciados como profesores y hombres de ciencia eminentes, es indudable; pero conviene no olvidar—para que el concurso de los representantes de la cultura española sea estimado en lo que realmente fué, relativamente á la de los demás países—que los mismos españoles reconocían la superioridad, en tal ó cual rama de conocimientos, de los hombres de estudios de otras naciones, ó de individuos determinados de ellas, y que, especialmente en humanismo y en literatura, confesándose discípulos de los italianos, apetecían aprender en ellos y—en los primeros tiempos de esta época, sobre todo—buscaban la perfección de su ciencia en los viajes, en la escolaridad y en el comercio intelectual de los más altos representantes del Renacimiento en la cuna de éste; ó, como decía el español Juan de Luna con referencia á Fernando de Córdoba, apetecían «lavarse en las fuentes de Italia». Que, después de recibida esta y otras influencias asimiladas, el ingenio español, haciéndose á su vez representante de ellas, las reflejase de nuevo en el país de origen, cosa es que ocurrió muchas veces en varios órdenes de estudios; sin que esto quite la originalidad del pensamiento español en muchas cosas y la excelencia de su aprovechamiento de las lecciones recibidas.

Respecto de la forma de influencia, representada por la lectura y traducción de libros españoles, hay que distinguir de tiempos y naciones. Ni la difusión fué igual en todos los países ni en todos los momentos de esta época. Así, en Italia y en Francia alcanzó, por lo general, un grado mayor que en Inglaterra y Alemania; y en el siglo xvii fué mucho más intensa que en el xvi. También es de notar que la propagación no es siempre directa; antes por el contrario, durante buena porción del siglo xvi se extiende á Inglaterra y otras naciones, á través de Italia y de Francia (de modo, que muchas veces lo que se traduce es una traducción italiana ó francesa de libros españoles) y en el xvii es Francia el centro de difusión de nuestra literatura. Finalmente, ni todos los géneros tuvieron la misma suerte, ni en cada uno de ellos fueron siempre numerosos, ni muy escogidos, los representantes, viéndose por el contrario muchas

lagunas importantes entre ellos. Así, en Alemania, durante los dos siglos, no se tradujo á más de 19 ó 20 teólogos y místicos; 8 biógrafos; unos 12 entre filósofos, historiadores, geógrafos, etc.; 17 poetas y novelistas y 17 dramaturgos. Cierto es que hay que añadir á esta lista y sus análogas, los libros que, por estar escritos en latín, podían ser leídos en todas partes por las gentes letradas; y así, en Inglaterra, mucho antes de que hubiese una corriente notable de traducciones, se conocían bastantes obras españolas de aquella clase, y aun cuando se comenzó á traducir, se siguió leyéndolas (v. gr., las de Vives).

Detallemos ahora la difusión por géneros. Los filósofos propiamente dichos fueron traducidos rara vez (algo de Vives, en inglés y en italiano, entre las excepciones) y poco leídos, á lo menos, según se deduce de la escasez de citas de ellos en los autores contemporáneos. En cambio, los teólogos y moralistas gozaron boga extraordinaria, y no sólo los que escribieron en latín y los que, por tocar cuestiones de las que entonces encendían la pasión religiosa, promovían polémicas y eran aprovechados por los amigos y discutidos por los enemigos (Suárez, Escobar y Sánchez, v. gr., fueron muy leídos y consultados en Alemania; el portugués Osorio de Fonseca, muy leído y comentado en Inglaterra, en la segunda mitad del siglo xvi), sino, también, los que escribieron en castellano sobre problemas de moral que se sustraían á la atmósfera candente de los partidos. Así ocurrió con las obras de Baltasar Gracián, que en Francia y en Alemania, traducidas y muy leídas, llegaron á tener más fama y aceptación que en la misma España, y con las de Guevara en Inglaterra y en, todas partes. De igual privilegio gozaron los escritores heterodoxos que, si en gran parte son discípulos de los protestantes, pagaron este origen con una reversión de sus doctrinas, principalmente en Italia y en Inglaterra. Cipriano de Valera, Antonio del Corro, Reginaldo González Montano, Pérez de Pineda, é Illescas, vieron muchos de sus libros traducidos al inglés, y Valdés fué en Italia un maestro respetadísimo, cuya muerte lloraron los hombres más ilustres, uno de los cuales decía de él que era «uno de los raros hombres que hay en Europa». En cuanto á Molinos, sabido es

que donde más circularon sus libros y más discusiones promovieron fué en Italia y en Francia (§ 710).

De los místicos españoles hicieronse también numerosas traducciones en todos los países latinos y de tronco germánico, siendo preferidos, por lo general, Santa Teresa y Fr. Luis de Granada, hasta el punto que sólo de éste se publicaron, en el siglo xvi, diez traducciones inglesas, y trece alemanas en los dos siglos. Es interesante notar, por lo que se refiere á Inglaterra, que no fueron únicos provocadores de esta difusión los católicos de aquel país refugiados en el continente y concentrados en los seminarios y colegios de jesuítas, sino que contribuyeron á ella traductores protestantes. Así, Rogero y Meres tradujeron, á fines del xvi, libros de Fr. Diego de Estella y de Fr. Luis de Granada. Sin embargo, los disentimientos religiosos cortaron prematuramente la propagación de esta teología popular, profundamente católica. Más extensa fué la de los libros de devoción, que inundaron el mundo.

Entre los juristas, los políticos y los autores de derecho internacional fueron los que lograron mayor difusión, no obstante ser los primeros—en no poco—discípulos de los italianos. No así los segundos, sumamente originales, como ya se dijo. Grocio cita en su libro, á que ya hemos hecho referencia (748), á Vitoria, Juan de Cartagena, Juan López, Francisco Arias, Ayala, Covarrubias y Vázquez. Las traducciones de las obras políticas de Gracián, Saavedra Fajardo, Guevara, Furió y otros, en Francia, Alemania é Inglaterra, y la boga que, en general, gozaron los autores de este género entre los eruditos alemanes; la conmoción que en París produjo la doctrina tiranocida del P. Mariana; la que igualmente causaron, en Francia sobre todo, los escritos de Antonio Pérez, aunque más por motivos políticos que científicos; y la difusión de los teólogos-políticos que escribieron en latín, son hechos que demuestran la aceptación que este género doctrinal tuvo en la época que nos ocupa; á veces, ciertamente—como en el caso de Guevara, cuyas traducciones son innumerables, y cuya boga en Inglaterra fué inmensa—en cuantía superior á sus méritos efectivos. En cuanto á los penalistas, singularmente por lo que sus doctrinas hacían referencia á las persecuciones contra los herejes—cuestión ba-

tallona en el siglo xvi, sobre todo,— fueron leídos y comentados abundantemente en el extranjero.

De los geógrafos, cosmógrafos, naturalistas, etc., hemos citado ya los casos más importantes de traducciones y favor alcanzado en el extranjero. Los juicios de Newton, de Ticho-Brahe, de Clusio y otros sabios de la época, sobre algunos de nuestros científicos, demuestran que los libros de éstos eran leídos y estimados fuera de España; y á la verdad, muchos de los verdaderamente notables—como algunos de Martín Cortés (*Arte de navegar*, que tuvo tres ediciones en inglés), García de Céspedes, Chaves, Roxas, Raxo, Muñoz, Mejía, Monardes, Porrás, Molina Cano, Hortega, Medina, Pedro Alfonso, Zamorano, Barba, Arfe, Plaza, Fragoso, Laguna, Mercado, Murillo, Huarte, Sabuco y otros—fueron reeditados ó traducidos en Francia, Italia, Alemania é Inglaterra, é incorporados á la literatura didáctica de estos países.

También los historiadores traspasaron las fronteras, singularmente los de Indias (así como los narradores de viajes), por la novedad que sus noticias ofrecían y el interés que por conocerlas tuvieron los mercaderes y navegantes de otros países. Así, en Inglaterra se tradujo total ó parcialmente, en el siglo xvi, libros de Avila (*Comentarios de la Guerra de Alemania*), Monardes, Escalante Santaella, Gomara, Zárate, Las Casas, el portugués Galvão y Fr. Juan González de Mendoza (*Historia de la China*), y se publicaron compilaciones históricas (como la de Eden y Willes y la de Beale: *Rerum hispanicarum scriptores*) ó de viajes (como la de Hakluyt) en que se utilizaban numerosos textos de españoles (v. gr., de Acosta, López Paz, Vázquez Coronado, Ulloa, Alarcón y otros en la obra de Hakluyt).

En cuanto á los escritores de táctica y asuntos militares, interesaron grandemente en el extranjero, y hasta en Inglaterra y Alemania se hicieron traducciones de ellos (de Valdés, Londoño, Gutiérrez de la Vega, Bernardino de Mendoza, etc.)

Pero el mayor número de traducciones correspondió á las obras literarias, empezando por los libros de caballerías, que no sólo se tradujeron casi todos, sino que, en varios países, produjeron todavía más entusiasmo que en España, como de Francia dice La None, asegurando que conoció tiempos en que

«nadie había que osara decir mal del *Amadís* sin peligro de sentirse escupir en la cara»; y que cuando ya en el país de origen estaban olvidados, seguían reimprimiéndose en el extranjero. Igual resonancia tuvo la novela picaresca y de costumbres, «caso la creación que más íntimamente encarna el espíritu del agudísimo y despierto pueblo español», como dice un crítico; la cual, empezando por la traducción italiana de *La Celestina*, se derramó por toda Europa, causando las delicias de los más grandes literatos y críticos. La misma novela pastorial, con la *Diana* de Montemayor, traducida á todos los idiomas, y sus continuaciones, halló acogida hasta en Inglaterra. Del éxito grandioso del *Quijote* ya se ha dicho lo que en substancia conviene saber. Inglaterra y Alemania llegaron hasta la idolatría en el culto por Cervantes. En cuanto al teatro, no sólo se leía y traducía sino que se representaba en todas partes, ya en obras íntegras, ya en arreglos, reducciones é imitaciones directas. En Italia y Francia se difundió pronto; en Inglaterra era popular en el siglo xvii y, por último, pasó á Alemania, Holanda y Dinamarca. Los líricos, por razón natural, y unas veces por su saber singularmente nacional, otras por su acentuado italianismo, que les quitaba novedad, se difundieron menos; pero no dejaron de ser leídos y estimados, como v. gr. Garcilaso en Italia y en Inglaterra, Boscán en este último país, Castillejo en varios, y aun se tradujeron alguna vez, ó bien fueron reimpresos en su idioma original (v. gr., por Fraunce en su *Arcadian Rhetorike*, 1588).

En cuanto á la particular fortuna de muchos literatos españoles en el extranjero—Mateo Alemán, Lope, Tirso, Mira de Amescua, Alarcón, Calderón, Rojas, Moreto, Quevedo, Castillejo, Salas Barbadillo, San Pedro, Florez, Luján, Castillo, Gil Polo, Zayas, Espinel, Castillo, Vélez de Guevara, Pérez de Hita y otros—imposible es detallarla aquí; no cabiendo notar sino que todos los más notables y muchos de los medianos fueron traducidos, leídos y aplaudidos en las naciones cultas de Europa, aunque no en todas ellas, como ya se ha dicho, con igual intensidad. En términos generales, fué Italia, no sólo la que precedió á las otras naciones en acoger á los literatos españoles—aunque en gran parte del siglo xvi todavía nuestros

líricos eran allí poco estimados, y la poesía popular (romances) no llegó á ser comprendida nunca,—sino también el órgano de difusión de ellos en Europa. Pero luego casi le excedió Inglaterra, sobre todo con relación á Cervantes, y más aún Francia en punto al teatro.

767. La influencia de la intelectualidad española en el extranjero.—El conocimiento de un autor, ó de un grupo de autores, ya en su idioma propio, ya traducidos, no produce siempre, como consecuencia necesaria, la transmisión de sus ideas y procedimientos al país en que eso ocurre; pero es su precedente necesario y origina una fuerte inclinación á que se produzca la asimilación de lo que se lee. Y así ocurrió, en general, con la literatura española científica y amena—cuya difusión acabamos de exponer—y, singularmente, con la novela, la dramaturgia, la ética, la política, la teología, y con muchas aplicaciones de las ciencias físicas, matemáticas y naturales, que ya hemos detallado en los párrafos correspondientes. A estas indicaciones añadiremos otras nuevas, ó especificación de las conocidas, como: la aceptación de doctrinas de los heterodoxos españoles en Italia (influencia de la personalidad de Valdés), Inglaterra (prosélitos de Valera y Corro) y Francia (arraigo del molinismo, que constituyó allí un episodio ruidoso en la historia de la filosofía religiosa); la recepción entusiasta que en Alemania se hizo (y no sólo en las escuelas de los jesuitas) de la metafísica, la teología y la política religiosa de Suárez, Escobar, Mariana y otros autores de análogo carácter, cuya influencia aun duraba bien entrado el siglo XVIII; la que en Inglaterra alcanzaron los escritos de Vives, Fr. Luis de Granada y Osorio de Fonseca, este último suscitador de una empeñada polémica con autores protestantes (Haddon, Foxe), que muestra la importancia concedida á sus escritos, así como la parte considerable que los seminarios jesuitas de Flandes y Francia (en que había no pocos españoles) tuvieron en la formación intelectual de los católicos ingleses emigrados; el aprovechamiento que Grocio, Alberico Gentile y el gran polígrafo alemán Hermann Conring (1606-1681) hicieron de las teorías de Vitoria, Suárez, Ayala y, en general, los políticos é internacionalistas; la parte que en la fecundación del pensamiento de

Tomasio tuvieron Gracián y Huarte; la influencia directa de Guevara—cuyas doctrinas, en parte, concordaban con el pietismo alemán—en Alemania é Inglaterra y en algunos escritores de Italia; la base prestada por el libro de *Disquisiciones mágicas*, de Martín del Río, á los escritos de práctica criminal del célebre penalista protestante Benito Carpzops (1595-1666); la adopción en Italia de las nuevas ideas sobre la pedagogía de los sordo-mudos, de Ponce de León y sus continuadores; la revolución causada en el mundo por el sistema educativo y de enseñanza de los jesuitas; el aprovechamiento que Clusio y otros naturalistas extranjeros hicieron de las observaciones botánicas, médicas, etc., de algunos de los nuestros; la aplicación hecha por Galileo á la astronomía, de los progresos obtenidos por Roger en la fabricación de telescopios; la aceptación de los sistemas cartográficos españoles, la de algunos aparatos de cosmografía aquí inventados, y la de los tratados de este género (v. gr. el de Martín Cortés en Inglaterra); la adopción general de los procedimientos metalúrgicos de Arfe, Barba y otros tratadistas y prácticos; la imitación de la táctica militar española que, si en algunas naciones se produjo más bien que por el intermedio de los escritos, por el de la experiencia de los hechos, al fin tenía su raíz en las ideas de nuestros profesionales de la milicia; el estímulo producido por la literatura geográfica relativa á las Indias en el espíritu emprendedor de pueblos como el inglés, y el gran caudal de noticias de todo género que aportó á la cultura de este orden en todos los países; con otros muchos casos, algunos de los cuales ya se indicaron al tratar de los respectivos escritores ó inventores.

En materia literaria, sería enfadoso consignar la lista de los literatos, grandes y medianos, que en Francia, en Inglaterra, en Alemania y otros países, imitaron á nuestros dramaturgos y novelistas, ó les tomaron argumentos para sus producciones. En el siglo XVII son las creaciones españolas las que nutren la literatura teatral y novelesca de Europa. Los dos Corneille, Molière, Rotrou, Scarron, Quinault, Beaumont, Fletcher, Shirley, Massinger, Meddleton, Rowley, Hoof, Vondel, Vos, Rodenburg, Cicognini, Painter, Juan Luis Guez de Balzac, Haywood, los novelistas galantes y sentimentales de Alemania y